



**LA FERNANDO  
LALANA  
TUNELADORA**

Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, SA

© 2006, Fernando Lalana  
© 2006, Editorial Casals, SA  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig  
Ilustración de cubierta: Francesc Punsola

Primera edición: octubre de 2006  
Primera edición en este formato: mayo de 2024  
ISBN: 978-84-8343-984-5  
Depósito legal: B-5513-2024  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL, Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este  
libro procede de bosques gestionados de  
manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta  
obra solo puede ser realizada con la autori-  
zación de sus titulares, salvo excepción prevista  
por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de  
Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si  
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de  
esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 /

# Los Olmedo

–Hola. Soy Fermín Escartín, detective privado. Ustedes deben de ser los señores Olmedo, ¿no?

–Eeh... en efecto, sí –me responde el hombre, estrechando mi mano, tras una clara vacilación, mientras su esposa pasea una aprensiva mirada por las instalaciones del mesón La Comadreja Parda, donde acabamos de encontrarnos.

Se trata de un matrimonio de mediana edad y mediana estatura. De pueblo, seguro. Con posibles, casi seguro. No hay más que ver el abrigo de zorro sintético que luce la señora. A mí no se me escapa ni una.

–Disculpen que los haya citado en este establecimiento pero estoy de pintores en mi oficina y no era cuestión de atenderlos entre escaleras, brochas y rodillos. ¿Qué les apetece tomar?

–No, nada, gracias...

–¡Vamos! –insisto–. La gran ventaja de haber quedado

en un bar es que podemos tomar el aperitivo mientras me van poniendo al corriente de su problema. La especialidad de la casa son los guardiaciviles.

–¿Eh?

–Montaditos de sardina rancia. Están de muerte. ¿Les pido uno a cada uno?

–¡No! –exclama la señora Olmedo, claramente alterada–. No se moleste, señor Escartín.

Puedo ver el asco dibujado en su mirada, así que trato de tranquilizarla.

–Señora, ya sé que, a primera vista, este local no resistiría la visita ni del más indulgente de los inspectores de Sanidad pero puedo asegurarle que, en cuarenta y dos años de ejercicio profesional, mi amigo Nemesio, propietario de La Comadreja Parda, no ha tenido que responder ante la justicia del fallecimiento por intoxicación de ninguno de sus parroquianos. Míreme a mí, que llevo almorzando aquí toda mi vida y estoy sano como un olmo.

–Como un roble, será –me aclara la mujer–. Los olmos han muerto en toda España por culpa de una plaga: la grafiosis.

–¿Qué me dice? ¿Está segura de eso?

–Claro que lo estoy. El apellido de mi marido es Olmedo. Olmedo, que significa ‘bosque de olmos’.

Tiene razón la señora: Olmedo, bosque de olmos. Y pensar que yo, hasta hace unos años, me dedicaba a enseñar estas cosas... Creo que estoy olvidando todo lo que aprendí. Quizá necesito borrar por completo mi vida anterior.

–¡Anda, bosque de olmos! –exclamo–. No había caído.

En fin..., la verdad es que yo, de cosas del campo, ando bastante verde. Sea como sea, insisto en que aquí, en La Comadreja Parda, su salud no corre peligro alguno. ¿Le apetece un huevo cocido con mayonesa casera, señora? ¿O unas madejicas de cordero?

La mujer traga saliva e intenta dibujar una sonrisa de circunstancias con sus labios pintados de rosa intenso.

–No, de veras. La verdad es que, desde anteayer, mi marido y yo prácticamente no hemos podido probar bocado.

–Como quiera... ¿Y usted, señor Olmedo? ¡No me haga este feo, hombre, que invito yo!

–Ya que insiste... tomaré una cerveza.

–¿Caña?

–No, no. Botellín. Sin vaso.

–Muy bien. ¡Nemesio, un tercio de ámbar para el señor! ¡Para mí, un guardiacivil con sabañones!

–¿Sabañones?

–Con picante –aclaro, ante el sorprendido gesto del matrimonio.

Les invito a sentarse en una mesa cercana pero la mujer se resiste de nuevo a seguir mis indicaciones.

–Disculpe, señor Escartín, pero... hablar aquí, en un lugar público, de un tema tan delicado como el que venimos a contarle, la verdad, no me parece...

–No se preocupe, señora –intercepto, pleno de reflejos–. Vamos a sentarnos en la mesa del fondo, justo debajo del televisor y le digo a Nemesio que suba el volumen del aparato. Así no habrá forma humana de que nadie entienda lo que hablamos. ¿Le parece?

–Bueno. Siendo así...

–Además, quiero confesarles una cosa: lo de los pintores en mi oficina... es una tapadera.

–¿Ah, sí?

Bajo el tono y les hablo de perfil, como los detectives de película de serie B.

–En realidad, no son pintores de brocha gorda sino empleados de una empresa japonesa de seguridad electrónica. Hacen como que pintan pero, realmente, están rastreando toda la casa en busca de micrófonos ocultos. Tengo la sospecha de que me vigilan.

–¿Quién le vigila? –pregunta el marido.

–¡Uf! ¡Vaya usted a saber! El Pentágono, Hacienda, el servicio secreto israelí, Al Qaeda... Los asuntos que he tenido que investigar son tantos y tan variados que las posibilidades son infinitas.

Vociferando como entrenadores de fútbol para hacernos entender sobre las noticias del telediario, los Olmedo me ponen al corriente de los acontecimientos que les han impulsado a solicitar mis servicios como investigador.

–Nuestro hijo Andrés ha desaparecido. Hace tres días que no sabemos nada de él.

¡Dios mío, qué bajo he caído! Todo un primer espada de la investigación como yo buscando la pista de adolescentes huidos de su casa. Pero los garbanzos son los garbanzos y si pueden ser con trocitos de huevo duro, mejor.

–Entiendo. ¿Qué edad tiene su hijo?

–Treinta y un años.

La sorpresa hace que me muerda la lengua y, al instante, un río de gruesos lagrimones resbalan por mi mejilla izquierda.

—¿Llora usted, señor Escartín?

—No puedo evitar implicarme emocionalmente en los casos que llegan a mis manos —digo, sonándome los mocos y aprovechando para acariciarme disimuladamente el dolorido músculo—. Y díganme: ¿No han pensado en la posibilidad de que su hijo haya desaparecido de forma voluntaria? Lo digo porque en nuestra primera conversación telefónica saqué la impresión de que se trataba de alguien mucho más joven; pero comprendan que una persona de la edad de su hijo ya es mayorcito y muy libre de llevar la vida que quiera.

—No creemos que haya decidido marcharse sin avisar.

—El viernes acudió a su trabajo por la mañana y ya no hemos vuelto a saber de él. Estamos muy preocupados, claro. Todas las noches nos llamaba por teléfono, sin faltar una.

—Nosotros vivimos en Villadoz, ¿sabe usted?

—¡Ah, Villadoz, Villadoz...! ¡Qué bella localidad!

—¿La conoce, señor Escartín?

—¡Ejem...! El caso es que me suena pero...

—Cerca de Badules. En la comarca del Campo Romanos.

—¡Ah, claro! Badules, Romanos..., ¡qué bellas localidades! —exclamo lo más amablemente que puedo, pese a que no he oído hablar de semejantes lugares en toda mi vida.

—Anteayer intentamos localizarle sin éxito durante todo el día.

–¿A mí?

–A nuestro hijo.

–Ah.

–Y tampoco él nos llamó por la noche.

–Fíjese: dos noches seguidas sin llamar. Eso no lo había hecho jamás. De modo que ayer, domingo, vinimos desde el pueblo en el coche de línea.

–Lo primero que hicimos fue acudir a su piso y, tal como sospechábamos, no hallamos rastro de él.

–¿Del piso?

–¡De nuestro hijo!

–¡Ah, claro! Ya me parecía raro que hubiese desaparecido el piso. ¡Je! A ver, díganme, ¿echaron algo en falta? ¿Había signos de violencia? Como si hubiesen entrado a robar o algo por el estilo.

Los Olmedo se miran un momento. El padre baja la vista. Habla la madre.

–El piso estaba ordenado. Andrés es... muy ordenado. Es tan ordenado que a mí, a veces, hasta me crispa un poco los nervios. Y... en cuanto a sus cosas... echamos en falta mucha ropa de los armarios.

–Quizá nos enfrentamos a un ladrón de ropa –aventuro–. Curioso, en verdad.

–Faltaba también una maleta.

Se produce entonces un incómodo silencio.

–Supongo –les digo– que habrán tenido en cuenta la posibilidad de que... su hijo decidiese salir de vacaciones o ponerse en viaje inesperadamente.

–Él nunca haría eso –me responde el señor Olmedo–.

Nunca se marcharía sin avisarnos. Además... no le gusta viajar. Nunca viaja. Nunca.

–Le ha tenido que ocurrir algo malo –asegura finalmente la señora Olmedo–. Seguro, seguro. Andrés no habría hecho semejante cosa.

Yo voy tomando nota mental de todo, entre bocado y bocado al guardiacivil con sabañones.

–¿Han acudido a la policía?

–Eso fue lo primero que hicimos. A media mañana ya estábamos en jefatura, pero pasamos allí todo el día sin conseguir que nos atendiesen.

–¿Qué me dice? ¿La policía no quiso atenderles?

–Bueno... hicimos la denuncia, desde luego; pero no vimos que tuvieran el menor interés en encontrar a nuestro hijo. A eso me refiero.

–Ya, claro... Si no hay indicios que hagan pensar que su hijo ha desaparecido de forma involuntaria, no es fácil que se ponga en marcha una investigación.

–¿Y eso por qué? –pregunta la mujer.

–Comprenda, señora, que los medios policiales son limitados. Son muchos los delitos que se cometen a diario en una ciudad como Zaragoza y no es posible destinar agentes a investigarlos todos. Así que se limitan a intentar atender los más graves o los más evidentes. Por otro lado, muchas desapariciones son voluntarias y se resuelven por sí mismas en uno o dos días.

El señor Olmedo hace rechinar los dientes, poniéndome la carne de gallina.

–En efecto, después de pasar allí todo el día, eso fue lo

que vinieron a decirnos: que, de momento, mientras no tengamos otros datos, a la desaparición de nuestro hijo ni siquiera se le puede dar la consideración de delito y que, por ahora, se iban a limitar a abrir un expediente y a esperar a que aparezca casualmente algún indicio.

–Su cadáver, por ejemplo –digo, ante lo cual, el matrimonio me mira, espantado–. ¡Je! Que es broma...

–Por eso estamos aquí –completa la mujer, tras una nueva pausa–. Consultamos las páginas amarillas y le elegimos a usted sin dudar ni un momento.

Al punto, siento cómo mis intestinos se esponjan de satisfacción.

–Normal. Modestia aparte, estoy considerado como uno de los mejores detectives privados de la ciudad.

–¿Ah, sí? ¡Qué bien! En realidad, nos inclinamos por usted porque era el más barato.

Sinceramente, odio a la gente sincera.

–Sí, eso también. Creo que unas tarifas ajustadas son la mejor propaganda del trabajo bien hecho. Además, si no resuelvo el caso, no les cobraré nada.

–¿Nada de nada?

–Exclusivamente los gastos. Es mi oferta de marzo. Cada mes una oferta diferente, como las compañías telefónicas. Es que la competencia está durísima y, como no espabilas, estás más perdido que las Filipinas. Ya que hablamos de gastos, lo habitual es cobrar un pequeño adelanto a cuenta. Con trescientos euros bastará, por el momento. En fin, vamos a lo que importa, que es el paradero de su hijo. Necesitaré sus datos y una foto reciente.

La señora Olmedo, de inmediato, me entrega una carpetilla de cartón, mientras su marido saca de la cartera seis billetes de cincuenta.

—Aquí tiene todos los datos personales de Andrés y la foto más reciente de que disponemos. Hemos hecho una docena de fotocopias, por si necesita repartirlas entre posibles testigos. Aquí tiene también la dirección y las llaves de su piso, por si quiere echarle un vistazo. Como ya le hemos dicho, no hemos notado nada extraño ni fuera de lugar pero, claro, es posible que usted vea cosas que nosotros hemos pasado por alto.

—No le quepa duda, señora. Acaban de contratar ustedes a un profesional.

—Le he puesto también en lo alto de la página el número de su teléfono móvil, que parece estar apagado o fuera de cobertura, y los datos de su trabajo: el nombre de la empresa, de sus jefes inmediatos... En fin, todo lo que mi marido y yo hemos considerado que podía serle de interés para iniciar la búsqueda de Andrés.

—¡Ah! Muy bien, muy bien. ¡Caramba, están ustedes en todo! Me siento abrumado. Parece que les ocurra algo como esto cada dos por tres.

—Le aseguro que es la primera vez —me dice el padre del desaparecido, con una expresión feroz.

—No, claro, ya, ya... Disculpen. De la conversación que hemos mantenido deduzco que su hijo está soltero.

—Así es.

—¿Novia?

—No.

–¿Algún amigo aquí, en la ciudad?

El matrimonio carraspea en estéreo. La madre clava la vista en el mantel de papel.

–No, que nosotros sepamos.

Abro el sobre y deslizo el dedo por el borde de los documentos que contiene.

–Me leeré todo esto lo más rápidamente que pueda, por supuesto, pero díganme ya una cosa... ¿En qué trabaja su hijo?

–Es ingeniero industrial. Trabaja hace ya seis años en Fomento de Perforaciones, una empresa de construcción especializada en obras subterráneas. Es el principal responsable de una tuneladora.

–¿El qué?

–Una tuneladora, una de esas máquinas enormes que van agujereando el subsuelo de la ciudad, abriendo los túneles del metro.

–Ah, ya, ya..., una tuneladora, nada menos. ¡Qué cosas!

Tras despedirme de los señores Olmedo y prometerles un informe diario de mis progresos en la localización de su hijo, se me acerca Nemesio, el dueño de La Comadreja Parda.

–He visto que esos dos te han pagado un buen dinero, así que imagino que podrás ponerte al día.

–¿A qué te refieres?

–No te hagas el tonto conmigo, Fermín. Me refiero a que me debes sesenta y seis euros de comidas y consumiciones varias.

Sin perder la compostura, saco dos billetes de cincuenta y se los tiendo.

–Cóbrate.

–Estupendo –dice un sonriente Nemesio, tomando el dinero–. ¿Te incluyo ya el menú de hoy? Tenemos garbanzos de ayuno o macarrones con tomate y, de segundo, tortilla de escabeche o huevos revueltos con atún.

–No, Nemesio. Estoy de tus tortillas de escabeche hasta la línea de las cejas. Hoy tengo pasta y me voy a Casa Emilio, a comer merluza a la vasca.

–Como quieras, pero te la darán congelada porque es lunes y no hay mercado de pescados.

–¿En serio? Si es que estoy gafado... Entonces, me quedo. Garbanzos y tortilla, por favor.

# Diana Salmuera

Después de comer y ante un café con sacarina que seguramente me haría dar positivo en un control *antidoping*, repaso toda la documentación que me han facilitado los señores Olmedo. Tras mucho meditar, decido comenzar mis investigaciones por el bloque de viviendas en que vive el desaparecido, que es lo que haría cualquier colega. Es que hoy no me siento creativo; no sé qué me ocurre. Debe de ser el hecho de tener pasta en el bolsillo, después de tanto tiempo. No hay nada peor para la agudeza intelectual que la bonanza económica. La creación pura siempre es fruto de la necesidad.

Al llegar a las inmediaciones del domicilio de Andrés Olmedo, compruebo que se trata del típico piso de protección oficial, absolutamente anodino, en la sexta planta de un bloque, idéntico a otros veinte edificios aledaños, situa-

do en un distrito de nueva hornada llamado Puerta de la Tripería.

En lugar de subir directamente al piso de Andrés, decido dedicar un tiempo a merodear por los alrededores intentando aclarar mis ideas. Bueno, intentando tener alguna idea, primero, y aclararla, después.

Reconozco que tengo fama entre los compañeros de profesión de ser un tipo estrafalario. Lo cierto es que no puedo tomarme los casos como un mero trabajo. Sin pretender pecar de pretencioso, para mí la investigación criminal, más que un modo de ganarme la vida, es una forma de arte. Por ello, he renunciado a la típica rutina de intentar localizar posibles testigos puerta por puerta, o a las esperas interminables ante el domicilio de un sospechoso. Eso lo puede hacer cualquiera. Yo necesito encontrar el detalle significativo, el destello que me ayude a tirar del hilo conductor del caso desde un punto de vista inusual. Si no doy con ello, cualquier asunto, incluso el más apasionante, carece de atractivo y aun de sentido para mí. No sé si me explico. Seguramente, no.

Tras veinte minutos de búsqueda y análisis, el destello que andaba buscando brilla inesperadamente ante mí, ataviado con una minifalda de ésas que pueden confundirse con un cinturón ancho. Llega procedente de la cercana parada del autobús urbano, tiene el pelo largo y moreno, veinte o veintidós años de edad y entra pisando fuerte justamente en el portal de la casa del desaparecido, el número veinte de la calle Alcalde Juan Alberto.

Voy tras ella; no porque yo sea un tipo especialmente inclinado a seguir los pasos de las mujeres que se cruzan en mi vida; ni siquiera por mantener esa imagen indubitablemente machista que los escritores de novela negra han transmitido de mi profesión. Lo hago porque he tenido un husmo, una premonición.

Las lucecitas del ascensor me indican que la chica ha subido hasta la quinta planta. Los buzones del correo me dan la pista definitiva: Diana Salmuera, 5<sup>o</sup> 3<sup>a</sup>. ¡Vaya nombre! Tiene que ser ella. Y vive justo debajo de Andrés Olmedo. Eso es tener olfato.

Cuando me abre la puerta de su casa, se ha despojado de la minifalda. A cambio, viste un pantalón vaquero corto, con los bajos deshilachados y una camiseta blanca con un mensaje atrozmente feminista. La vecina de Olmedo resulta ser tan atractiva de cerca como de lejos.

–Buenas tardes. Me llamo Fermín Escartín y soy detective privado. ¿Conoce a este hombre?

Le muestro una foto de Andrés, que ella mira durante tres décimas de segundo antes de responder.

–Pues claro. Es el vecino de arriba. Un pelma.

–Ese pelma tiene nombre –le aclaro–. Se llama Andrés Olmedo y ha desaparecido.

–¿Ah, sí? No sabe cuánto me alegro. En cuanto desaparezca usted también, mi dicha será completa. Adiós, buenas tardes.

Intenta cerrar la puerta pero logro evitarlo empujando en sentido contrario con todas mis fuerzas. Está fuerte, la joven.

–¡Espere! ¡Auuumpf...! ¿No querrá que la policía la considere sospechosa, verdad? ¡Le darán la lata durante semanas! ¡La someterán a interrogatorios interminables! ¡Piénselo! ¡Es preferible que hable usted conmigo!

Al escuchar aquello, la chica, inesperadamente, deja de ofrecer resistencia y yo, cogido por sorpresa, me precipito al interior de su vivienda hasta aterrizar cuan largo soy sobre el suelo del salón. A punto estoy de llevarme por delante un acuario de peces tropicales.

–De acuerdo, Sherlock Holmes. ¿Qué quiere de mí?  
–pregunta Diana.

–Sólo un par de preguntas –digo, mientras me incorporo ágilmente, tratando de no perder la dignidad.

–Querrá decir un par de respuestas.

–¿Cómo? ¡Ah, claro! Efectivamente, lo que yo busco son respuestas, no preguntas. Las preguntas, las hago yo. ¡Me encanta la gente despierta!

–Menos coba y vaya al grano, ¿quiere? –dice, cerrando la puerta y señalándome un lugar en el sofá que preside la sala de estar.

–Bien. Veamos... ¿Cuándo vio a su vecino por última vez? –pregunto, una vez acomodado.

–¿Al pesado ese? No sé... hace un par de días, quizá.

–¿No podría precisar algo más?

Diana suspira. O, más bien, resopla.

–Veamos... Coincidimos en el ascensor la mañana del... viernes. Sí, eso es. Hacia las siete y media.

–El viernes. ¿Seguro?

–Sí. Lo recuerdo porque yo estaba de mal genio. Los

viernes por la mañana siempre estoy de mal genio, ¿sabe? Llamé al ascensor y, cuando paró en mi piso, él ya estaba dentro, sonriendo. Yo estaba segura de que lo había hecho a propósito; lo de coincidir conmigo en el ascensor, quiero decir; y se lo solté así, sin más. Iniciamos una discusión que duró hasta que llegamos al portal. Al salir, cada uno cogió su camino. Yo fui hacia la parada del autobús y él, a coger su bicicleta.

—¡Ah! ¿Va en bicicleta al trabajo?

—No sé adónde va porque no lo sigo; pero, vaya donde vaya, casi siempre lo hace en bicicleta; una bicicleta antigua, de color verde. Una BH de ésas sin barra superior.

—Sí, ya las conozco. ¿Sabe dónde guarda la bici?

—La deja en la calle, atada a la farola más cercana al portal. No sé por qué la ata. Nadie se llevaría una birria de bicicleta como ésa.

—Pero... ahora no está allí.

—¿Ah, no?

—Yo no he visto ninguna bicicleta... y una BH antigua y verde se hace notar. ¿No sabe desde cuándo falta?

—Pues, la verdad, no. De todas formas, el tipo estuvo en su casa durante el fin de semana.

Ése es un detalle importantísimo. Naturalmente, no se me pasa por alto.

—¿Cómo que estuvo el fin de semana? —pregunto—. ¿No acaba de decirme que lo vio por última vez el viernes?

—Verlo, lo vi el viernes, pero el sábado por la mañana oí claramente ruidos en su piso. Y también la mañana del domingo. Bueno... supuse que era él, claro.

Condenadas suposiciones. La gente da por supuestas demasiadas cosas: oye ruidos en casa del vecino y supone que es el vecino, oye una discusión a grito pelado y supone que alguien ensaya una obra de teatro, coge una pistola y supone que está descargada... Así nos va. En cuanto a los ruidos del domingo, con casi total seguridad a quien escuchó entrar en el piso fue a mis clientes, los señores Olmedo. El sábado, sin embargo, ellos seguían en Villadoz y todo indica que Andrés ya había desaparecido. De modo que, si realmente hubo alguien en el piso, tuvo que ser un intruso.

–¿Algo más? –pregunta la chica.

–De momento, no, gracias. Pero si recuerda algún nuevo detalle, le agradecería que me llamase. Y si no lo recuerda, también, claro –le digo, tendiéndole un trozo de papel cuadriculado en el que figura escrito el número de mi teléfono móvil.

Ella me sonrío por vez primera desde nuestro encuentro y se guarda el papel, lo que me parece muy significativo.

–La verdad es que tiene usted cierta gracia, detective –me confiesa–. Lástima que sea un perdedor y más pobre que las ratas.

–Si lo dice por las tarjetas de visita, las buenas se me han terminado. Me las hacen en una imprenta de Copenhague y son carísimas. Por desgracia, he debido de topar con la única imprenta danesa poco seria y hace un mes que me tienen esperando.

Diana vuelve a sonreír. Ahora saco del bolsillo la llave que me ha proporcionado la madre de Andrés Olmedo.

–Voy a echar un vistazo a la vivienda del desaparecido.  
¿Le apetece acompañarme?

Puede parecer una propuesta insensata, pero poquísimas personas son capaces de resistirse a cotillear la casa de un vecino. Sobre todo, si el vecino les cae mal.

Tal como yo esperaba, los ojos de Diana chispean de curiosidad. Son unos ojos preciosos: grandes, ovalados, de color arroz con caracoles.

–Me parece una proposición de lo más indecente –dice.

–Entonces, ¿vamos?

–Vamos.

La llave no funciona del todo bien, aunque no tengo excesivos problemas para abrir la puerta. Y, al hacerlo, no puedo evitar que se me encoja el estómago ante el espectáculo que se nos ofrece a la vista.

–¡Dios mío...!

No es que no haya indicios de robo. No es que el piso esté perfectamente ordenado. Es que parece un *stand* de la Feria del Mueble de Valencia. Tantísimo orden me desconcierta. Me desasosiega. Me pone de mal genio, incluso. No consigo imaginar que haya gente así por el mundo.

Avanzamos por la vivienda de Olmedo con miedo a arrugar una alfombra o dejar una huella en un cristal. Por curiosidad, paso el dedo por encima del marco de un cuadro colgado en el pasillo. Ni una mota de polvo. Esto es antinatural. ¿Qué clase de persona soltera se comportaría de este modo?

Durante cuatro o cinco minutos vagamos Diana y yo por las tres habitaciones que componen la vivienda. De pronto, ella me llama la atención sobre un detalle revelador.

–Mire: la bicicleta.

Está en la galería trasera, a la que se accede desde la cocina.

–No recuerdo haberle visto subir jamás la bicicleta al piso. Incluso cuando se ausentaba varios días, siempre la dejaba en la calle.

–Pues quien la dejó ahí no lo sabía.

–Y, sin embargo, veo que la llave del gas está abierta. Alguien que piensa ausentarse durante algún tiempo suele cerrar el gas. ¿No es así, detective?

Vaya con la niña de los ojos impresionantes. Nos ha salido perspicaz.

–A ver si dejas que sea yo quien encuentre las pistas, ¿vale? –le indico–, que para eso soy el detective. Y en cuanto a lo del gas, depende. Hay quien cierra la llave hasta para bajar a buscar el periódico, mientras que yo, por ejemplo, jamás lo hago. Ni siquiera cuando me voy de vacaciones.

–Usted no cuenta, Escartín. Ya me he percatado de que es un antisistema.

–¿Eh? ¿Un qué me has llamado?

–Un bicho raro.

–¡Ah! Si lo dices por lo del gas, dejo la llave abierta con la secreta esperanza de que, en mi ausencia, se produzca una explosión y la compañía aseguradora me pague una indemnización de aúpa, que me permita cambiar de barrio.

De repente, en mitad de la frase, mi instinto detectivesco hace sonar una alarma de dos tonos en mi entrenado cerebro.

–Fíjate en eso –le digo a Diana, señalando cuatro pequeños cubos de basura, de colores distintos, alineados a la derecha del frigorífico.

–Parece que nuestro vecino separa la basura. Mira qué curioso, ya me cae mejor.

–Y a mí, porque quizá entre los papeles para reciclar encontremos alguna nota interesante.

Sin embargo, el contenido del cubito de color azul se reduce fundamentalmente a publicidad llegada por correo y periódicos atrasados, de los que consulto las fechas.

–El más reciente es del jueves pasado y el más antiguo, del sábado anterior –murmuro, tras la comprobación–. Lo que confirma que el viernes salió de casa camino del trabajo y ya no regresó.

–De modo que los ruidos que escuché el *finde* tuvieron que ser causados por uno o varios intrusos.

–¿El *finde*?

–El fin de semana, Escartín. ¡Que no está usted en la onda!

–La onda... Será la honda, con hache, porque le pegáis al idioma unas pedradas de campeonato.

–Ni que fuera usted profesor de letras.

–Ah, si yo te contara...

Hay un detalle que me llama la atención: todos los periódicos están pulcramente plegados por la mitad. De los seis que yo he separado, cuatro muestran la portada, pero

los otros dos han sido doblados dejando a la vista la sección de anuncios por palabras.

Abro el ejemplar del jueves y comienzo a repasar detenidamente la página de clasificados.

–¿Estaría buscando Andrés algún anuncio en concreto? –me pregunto.

–Sí –dice entonces Diana–. Creo que buscaba compañía.

Me obliga a volver el periódico. La página siguiente, que yo mantenía plegada hacia atrás, lleva como encabezado la frase *Buzón de Amigos*.

–¿Qué es esto? –me pregunto, tras leerlo–. ¿Más anuncios clasificados por palabras?

–No exactamente, detective –interviene Diana–. El Buzón de Amigos es una especie de... de foro donde puedes conocer gente con tus mismos gustos o aficiones. Está presente en muchos periódicos, sobre todo en los de ámbito regional.

Al menos media docena de los mensajes del Buzón de Amigos aparecen remarcados mediante un óvalo trazado con rotulador azul.

De inmediato, busco esa misma sección en los restantes ejemplares del periódico. En todos ellos, Andrés había señalado varios anuncios del mismo modo.

Separo la página del Buzón de Amigos en los seis periódicos y las comparo rápidamente. Pronto localizo un mismo anunciante cuyos mensajes ha señalado Andrés durante cuatro días consecutivos.

–Esto es significativo –me digo, memorizando el número clave–. Y por algún sitio hay que empezar.

## Fernando Lalana

Fernando Lalana nació en Zaragoza en 1958. Tras estudiar Derecho e intentar sin ningún éxito fundar una compañía teatral, decidió probar fortuna con los libros. Pese a carecer por completo de vocación literaria (pensaba ser arquitecto), la literatura se convirtió en su primera y, por ahora, única profesión.

Entre otros, ha obtenido en tres ocasiones el premio Gran Angular de novela juvenil (1984, 1988, 1991), el Barco de Vapor de cuento infantil (1991), el Premio Jaén de Narrativa Juvenil (2006), el Premio EDEBÉ de Literatura Infantil (2012), el Premio Hache (2019) o el Premio Anaya (2023). También algunos en el extranjero, como el Latino Book Award en California (EE. UU.) o el Pier Paolo Vergerio en Italia. En 1991, el Ministerio de Cultura de España, le otorgó el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil por su novela *Morirás en Chafarinas* que fue llevada al cine por el director Pedro Olea. En 2010, la entonces princesa de Asturias, Letizia Ortiz, le hizo entrega en Alcalá de Henares del XIV Premio Cervantes Chico, con lo que apareció por segunda vez en el Telediario de La 1 (la primera fue por el Premio Nacional).

Fernando Lalana sigue viviendo en Zaragoza, donde todos los años el Ayuntamiento convoca un premio literario con su nombre. Está casado y tiene dos hijas que, afortunadamente, no quieren ser escritoras.

## Bambú Exit

### *Ana y la Sibila*

Antonio Sánchez-  
Escalonilla

### *El libro azul*

Lluís Prats

### *La canción de Shao Li*

Marisol Ortiz de Zárate

### *La tuneladora*

Fernando Lalana

### *El asunto Galindo*

Fernando Lalana

### *El último muerto*

Fernando Lalana

### *Amsterdam Solitaire*

Fernando Lalana

### *Un día de trigo*

Anna Cabeza

### *Cantan los gallos*

Marisol Ortiz de Zárate

### *Ciudad de huérfanos*

Avi

### *13 perros*

Fernando Lalana

### *Nunca más*

Fernando Lalana

José M.<sup>3</sup> Almárcegui

### *No es invisible*

Marcus Sedgwick

### *Las aventuras de George Macallan. Una bala perdida*

Fernando Lalana

### *Big Game*

(Caza mayor)

Dan Smith

### *Las aventuras de George Macallan. Kansas City*

Fernando Lalana

### *La artillería de Mr. Smith*

Damián Montes

### *El matarife*

Fernando Lalana

### *El hermano del tiempo*

Miguel Sandín

### *El árbol de las mentiras*

Frances Hardinge

### *Escartín en Lima*

Fernando Lalana

### *Chatarra*

Pádraig Kenny

### *La canción del cuco*

Frances Hardinge

### *Atrapado en mi burbuja*

Stewart Foster

### *El silencio de la rana*

Miguel Sandín

### *13 perros y medio*

Fernando Lalana

### *La guerra de los botones*

Avi

### *Synchronicity*

Víctor Panicello

### *La luz de las profundidades*

Frances Hardinge

### *Los del medio*

Kirsty Appelbaum

### *La última grulla de papel*

Kerry Drewery

### *Lo que el río lleva*

Víctor Panicello

### *Disidentes*

Rosa Huertas

*El chico del periódico*  
Vince Vawter

*Ohio*  
Àngel Burgas

*Theodosia y las  
Serpientes del Caos*  
R. L. LaFevers

*La flor perdida  
del chamán de K*  
Davide Morosinotto

*Theodosia y el  
báculo de Osiris*  
R. L. LaFevers

*Julia y el tiburón*  
*Kiran Millwood*  
*Hargrave*  
Tom de Freston

*Mientras crezcan  
los limoneros*  
Zoulfa Katouh

*Tras la pista del  
ruiseñor*  
Sarah Ann Juckes

*El destramador  
de maldiciones*  
Frances Hardinge

*Theodosia y los  
Ojos de Horus*  
R. L. LaFevers

*Ánima negra*  
Elisenda Roca

*Disidente y perseguido*  
Joe F. Daniels

*El gran viaje*  
Víctor Panicello

*Los cuentos de Lesbos*  
Àngel Burgas

*Un detective  
improbable*  
Fernando Lalana



**La misteriosa desaparición del joven ingeniero responsable de la tuneladora que perfora los túneles del metro se va a convertir en uno de los casos más espeluznantes de los muchos casos a los que se ha enfrentado el investigador privado Fermín Escartín a lo largo de su carrera.**

**Fermín Escartín, antiguo profesor universitario reconvertido en detective, ha protagonizado ya otras novelas de Fernando Lalana, pero ninguna tan inquietante como *La tuneladora*, donde la ironía más feroz, el terror más genuino y la mejor intriga policíaca se dan la mano desde la primera a la última página.**



**INTRIGA POLICÍACA**